

Publicado en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Frankfurt: Klaus Dieter, 1989), I, 433-39.

Dirección del autor:

[daniel.eisenberg@bigfoot.com](mailto:daniel.eisenberg@bigfoot.com)

## La teoría cervantina del tiempo

Daniel Eisenberg

Todo lector del *Quijote* conoce la extraordinaria importancia del tiempo para Cervantes, pues se comenta el tema del tiempo dentro de la obra misma. Se señala, por ejemplo, la diferencia entre el tiempo experimentado por Don Quijote en la cueva de Montesinos, y el de los que le esperan fuera de ella. Dentro de la narración se comenta también la diferencia entre el tiempo narrativo que separa las dos partes, y el intervalo externo durante el cual la primera parte fue compuesta, publicada y difundida. Hay sorprendentes diferencias entre los personajes sobre cuestiones temporales: según Sancho, por ejemplo, ha servido a su amo veinte años, según éste unas pocas semanas, pero según Teresa Panza, siglos. También hay en el libro una tajante distinción entre tiempos precisos y tiempos vagos. Un solo ejemplo: Sancho dice que su hija Salchicha tiene “quince años, dos más a menos” (II, 13).<sup>1</sup> En contraste, según Doña Rodríguez su hija “debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres días, uno más a menos” (II, 48).

No es sólo en *Don Quijote* donde se discute o se refiere a la relatividad y subjetividad del tiempo. En el libro V de *La Galatea*, Silerio comienza un soneto “Ligeras horas del ligero tiempo/ para mí

---

<sup>1</sup>Cuando no se especifica la obra, se trata del *Quijote*.

perezosas y cansadas”. En el *Persiles*, en el cual es importantísimo el tiempo, según discutiremos en breve, se halla un museo del futuro: “un museo el más extraordinario que había en el mundo, porque no tenía figuras de personas que efectivamente hubiesen sido ni entonces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que habían de ser en los venideros siglos poetas famosos” (IV, 6).

Pero a pesar de la importancia del tiempo en las obras de Cervantes, se ha escrito muy poco sobre él. En *El pensamiento de Cervantes*, por ejemplo, no se menciona. Hay el libro de Luis Murillo *The Golden Dial*, y antes de este libro un artículo suyo, sobre el tiempo mítico del *Quijote*,<sup>2</sup> y un estudio sobre aspectos temporales de la aventura de la cueva de Montesinos.<sup>3</sup> Hay un artículo fascinante sobre el tiempo en el *Persiles*, de Kenneth Allen,<sup>4</sup> al cual me referiré en breve. Y el año pasado un trabajo sobre “Topografía y cronografía en *La Galatea*”.<sup>5</sup> Pero nada más.

---

<sup>2</sup>Luis A. Murillo, *The Golden Dial: Temporal Configuration in “Don Quijote”*, Oxford: Dolphin, 1975, sobre el cual vea la reseña de A. J. Close, *Bulletin of Hispanic Studies*, 54 (1977), pp. 248-249; anteriormente “The Summer of Myth: *Don Quijote de la Mancha* and *Amadís de Gaula*”, *Philological Quarterly*, 51, No. 1 (*Hispanic Studies in Honor of Edmund de Chasca*, 1972), pp. 145-157.

<sup>3</sup>Harry Sieber, “Literary Time in the ‘Cueva de Montesinos’”, *MLN*, 86 (1971), 268-273.

<sup>4</sup>*Revista Hispánica Moderna*, 20 (1970-71 [1973]), 77-107.

<sup>5</sup>De Aurora Egido, publicado en *Lecciones cervantinas*, Zaragoza: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1985, pp. 49-93.

El método del cual me sirvo para examinar el tema del tiempo en Cervantes es muy tradicional: reunir y clasificar los varios pasajes en que aparece el tema. Por este método, tendremos ocasión de discutir, primero, los efectos del tiempo, después las formas de oposición a estos efectos, y por último unas aplicaciones para la interpretación de las obras cervantinas. Aunque no cabe dentro del tiempo nuestro, anticipo que una fuente evidente de Cervantes para sus ideas temporales, obra que releía y meditaba, eran las *Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique, popularísimas en el siglo XVI.

Para comenzar, los efectos del tiempo son inevitables. “Todo pasa”, encontramos en la glosa de Lorenzo de Miranda (II, 18); “no es posible que el mal ni el bien sean durables”, dice el mismo Don Quijote después de una de sus derrotas (I, 18).

Los efectos del tiempo pueden ser favorables: “El tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque a la luz del sol, aunque esté escondido en los senos de la tierra” (II, 25, I, 27); “el tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio a los casos más desesperados” (“Las dos doncellas”); “mal de los que el tiempo suele curar” (*La Galatea*); según el corregidor en “La gitanilla”, hay que “dar tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida a muchas amargas dificultades” (también se halla este concepto en *Don Quijote* y *La Galatea*).

Los efectos pueden ser neutros: “Hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros.... De manera, que contra el uso de los tiempos no ay que argüir ni de qué hacer consecuencias” (I, 49). Sancho “us[a] de los tiempos como los hallo” (II, 62), cual actitud es correcta, pues “no todos los tiempos son unos” (II, 58; prólogo al *Persiles*).

Pero, no es ninguna sorpresa, por lo general los efectos del tiempo son negativos. El tiempo es “devorador y consumidor de todas las cosas” (I, 9); “más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas que las humanas voluntades” (I, 44). “Teme y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos” (*La Galatea*). Igual que en

la glosa de Lorenzo de Miranda, la memoria nos recuerda cosas del pasado, y con ellas la felicidad desaparecida. Como lo dijo Jorge Manrique, “cuán presto se va el placer, cómo, después de acordado, da dolor; cómo, a nuestro parescer, cualquier tiempo pasado fue mejor”.

Estos efectos negativos son especialmente serios en cuanto a la vida del hombre, que es una carrera (I, 13); “la vida corre sobre las ligeras alas del tiempo” (“Coloquio de los perros”). “Puesto que el tiempo parece tardío y perezoso a los que en él esperan, en fin corre a las parejas con el mismo pensamiento, y llega el término que quiere, porque nunca para ni sosiega” (“El celoso extremeño”). “Las cosas humanas no son eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin” (II, 74).

“Don Quijote no tuv[o] privilegio del cielo para detener el curso de la suya [vida]” (II, 74); “como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí” (II, Prólogo). “No está obligado ningún marido a tener la velocidad y corrida del tiempo, que no pase por su puerta y por sus días” (*El juez de los divorcios*).

Así podemos entender mejor la oposición de Cervantes a los encantamientos, pues el encantamiento implica el control sobre e incluso la suspensión del tiempo; los “encantados”, según indica Don Quijote, no tendrían funciones corporales (I, 48-49; II, 23). Así también entendemos la oposición de Cervantes a los viajes fantásticos, en los cuales se afirma haber atravesado distancias enormes en tiempos imposiblemente cortos. Estos viajes son típicos de los libros de caballerías: “Acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago, o con algún fiero vestiglo, con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya a punto de muerte, y cuando no os me cato, asoma por acullá, encima de una nube, o sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y a la noche se halla en su posada, cenando muy a su sabor, y suele haber de la una a la otra parte dos o tres mil leguas. Y todo esto se hace por industria y sabidu-

ría destes sabios encantadores que tienen cuidado destes valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues, como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas, sin que tú lo sintieses” (I, 31; también en la conversación con el canónigo de Toledo, I, 47; el “verdadero cuento del licenciado Torralba”, II, 41; el viaje en el barco “encantado”, II, 29; “Coloquio de los perros”; el cuento de Rutilio, en el *Persiles*).

En el mismo sentido entendemos una parte del ataque dirigido a las comedias contemporáneas: “¿Qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado?... ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden o podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acababa en América.... Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga a ningún mediano entendimiento que, fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlomagno, el mismo que en ella hace la persona principalle atribuyan que fue el emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalén, y el que ganó la casa Santa, como Godofre de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno a lo otro...?” (I, 48).

Hay una serie de maneras por las cuales los hombres resisten los efectos destructivos del tiempo; que se dé tanta atención a ellas en sus obras sugiere que la promesa convencional de la vida inmortal celeste no le ofreció a Cervantes mucha consolación. También, raramente se mencionan favorablemente los hijos en las obras de Cervantes; sólo las hijas hermosas contribuyen a la felicidad de los padres cervantinos.

Casualmente se mencionan de paso unas maneras de conseguir la inmortalidad. Una es el ser buen gobernador: “Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna” (II, 42). Las “insolencias” de Roldán eran “dignas de eterno nombre

y escritura” (I, 25), y con sus “locuras...de lloros y sentimientos”, Amadís “alcanzó tanta fama como el que más” (I, 25). Unamuno hizo famoso el caso de Eróstrates, mencionado por Don Quijote; quemó el templo de Diana, únicamente para que se le recordara en el futuro, fin que consiguió.

Sin embargo, la manera más importante de conseguir la inmortalidad es por hechos de armas: “Me trae por estas partes el deseo...que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra” (I, 25). “Todas estas, y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen” (II, 8). Se mencionan también, en *Don Quijote*, ejemplos de personas que lograron la fama inmortal a través de hechos heroicos: Julio César, Alejandro Magno, Carlos V y todos los caballeros mencionados por el canónigo de Toledo, en el capítulo 49 de la Primera Parte, y Don Quijote, en el capítulo 8 de la Segunda.

Sin embargo, la fama conservada únicamente en la memoria humana es pasadera: “no hay memoria a quien el tiempo no acabe”, dice Don Quijote (I, 15). Isabela, la española inglesa, “con el tiempo y con los regalos, fue olvidando los que sus padres verdaderos le habían hecho”. La hechicera en el “Coloquio de los perros” dijo que “las apariencias de mis buenas obras presentes, van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas”.

El uso de objetos físicos como sustitutos de la falible memoria humana no consigue la permanencia deseada. “Los edificios reales, los alcázares sobervios, los templos magníficos y las pinturas valientes, son propias y verdaderas señas de la magnanimidad y riqueza de los príncipes”. Sin embargo, éstos son “prendas, en efeto, contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera, como a émulas suyas, que, a su despecho, están mostrando la magnificencia de los pasados siglos” (*Persiles*, IV, 7). Se acude a los mármoles y bronce, los materiales más duros. (Con un verso de Garcilaso Lenio describe a

Gelasia como “más dura que mármol a mis quejas”, *La Galatea*, VI; Marcela fue “un mármol” para Grisóstomo, I, 13; Altisidora, según Sancho, tuvo “corazón de mármol” y “entrañas de bronce”, II, 58.) En estos materiales se puede escribir, y son así “émulas a la duración de los tiempos” (*Novelas ejemplares*, prólogo). “Las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles... para memoria en lo futuro”, opina Don Quijote (I, 2); y el cura le presenta al canónigo de esta forma: “éste es, señor, el Caballero de la Triste Figura, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles” (I, 47).

Las mujeres, naturalmente, no logran esta fama a través de hazañas de armas. Aunque, según Don Quijote, Dulcinea puede acabar hazañas a través de su propio brazo (I, 30), las mujeres consiguen la fama por la belleza, sea física o espiritual. Se immortaliza en los versos con los cuales los hombres la celebran: “quería que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros”, en “la novela del Curioso impertinente” (I, 34); “de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa, mientras los siglos duraren” (“La gitanilla”).

Sin embargo, la situación de los hombres es casi la misma. Sin la escritura, los hechos se olvidan; todos los ejemplos de guerreros famosos citados por el canónigo de Toledo se han tomado no de mármoles y bronces, sino de libros, cuya lectura recomienda. La historia es otra “émula del tiempo” (I, 9).

Es por este motivo que los personajes cervantinos desean tanto aparecer en libros, y se alegran tanto cuando logran este fin: da un tipo de vida perpetua, por el cual se triunfa sobre “las aguas negras del olvido”. Lograr esto en vida es aun mejor, pues uno sabe que, en un sentido, va a sobrevivir a la muerte: “una de las cosas... que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa, dije con buen nombre: porque siendo al contrario, ninguna

muerte se le igualara” (II, 3).

Llegamos, entonces, a la figura central del autor, quien como historiador da la inmortalidad al historiado, o, como poeta, la gana para sí al mismo tiempo que la da a la persona celebrada. Naturalmente, no la logran todos los autores, y hay “ingenios qu’el tiempo ha ya deshecho” (*La Galatea*, VI). Sin embargo, los casos de Homero y Virgilio, todavía famosos después de miles de años, parecen haberle impresionado mucho a Cervantes. Un autor moderno, como Juan de la Cueva o Juan Rufo, podía tener la misma suerte que estos clásicos. (La obra de Juan de la Cueva “del eterno olvido,/ a despecho y pesar del violento/ curso del tiempo, librarán su nombre,/ quedando con un claro alto renombre”; “de Juan Gutiérrez Rufo el claro nombre/ quiero que viva en la inmortal memoria” [“Canto de Calíope”].) Si los autores siguieran las reglas de la ciencia literaria, “pudieran guiarse y hacerse famosos... como lo son... los dos príncipes de la poesía griega y latina” (I, 48). Una obra literaria puede vivir “siglos infinitos”. El olvido puede ser simplemente la falta de escritos; como Cervantes dijo en el prólogo a la primera parte del *Quijote*, y Don Quijote hablando con Lorenzo de Miranda (II, 18), las obras literarias son los hijos del intelecto.

Sin embargo, la vida que se consigue por estos métodos tampoco es permanente. Virgilio, por sus obras, “vivirá por todos los siglos venideros”, pero únicamente “hasta que el tiempo se acabe” (*La Galatea*, VI); otro autor mencionado en el “Canto de Calíope” tendrá “gloria y honor mientras los cielos duran”; y la fama de Preciosa, en “La gitanilla”, durará “mientras los siglos duraren”. El tiempo, los cielos y los siglos acabarán con el fin del mundo: “Todas estas, y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mun-



do, que tiene su fin señalado” (II, 8).

Es Dios quien no está sujeto al tiempo; Dios manda sobre el tiempo, al cual comenzó “dando movimiento a los cielos”, los relojes celestiales. Dios puede suspender el tiempo, cosa que hizo, por ejemplo, según la Biblia (Josué, 10). Por consiguiente, “a solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para Él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente” (II, 25). Estaremos con Él en “el otro siglo”, después del fin del mundo y del tiempo, cuando se levantarán los muertos (I, 38), y se acabarán las mentiras (I, 45).

También fuera del poder del tiempo es la verdad. Una verdad, pues no es material, fue, es y será. La verdad es eterna. Por consiguiente, la verdad es divina: “donde está la verdad está Dios, en cuanto a verdad” (II, 3). Así entendemos mejor la oposición de Cervantes a los escritos falsos. Por un lado se opone a las historias falsas, pues “la historia es como sagrada; porque ha de ser verdadera” (II, 3); a unas historias falsas, los libros de caballerías, se opone el cura Pero Pérez, “tan buen cristiano y tan amigo de la verdad” (I, 6). (En un pasaje famoso, se especifica como de los moros —no cristianos— “no se podía esperar verdad alguna” [II, 3].)

Cervantes también se oponía a las comedias defectuosas, primero las históricas, con sólo “atribuidas verdades de historias” (I, 48), pero especialmente las religiosas, llenas de milagros falsos, “en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias” (I, 48).

Quisiera volver al estudio de Kenneth Allen mencionado al principio. En su trabajo Allen estudia las referencias en el *Persiles* a acontecimientos externos, y halla que el tiempo externo de la obra marcha hacia atrás. Es decir, al principio de la obra los acontecimientos aludidos son de principios del siglo XVII, pero al final de la obra son de antes de 1550. En el *Persiles*, el tiempo anda al revés, y de una manera regular y consistente.

Según Allen, y la cifra es suya, en el *Persiles* pasan, al revés, 70 años. Allen se queda perplejo ante el significado de ello, pero la solución me parece evidente. Los 70 años son la vida de un hombre, y el

período en el *Persiles*—desde poco antes de 1550 hasta comienzos del siglo XVII—corresponde a la vida de Cervantes. El autor es dios a sus personajes, encontramos plenamente documentado en el *Quijote*. El autor manda sobre el tiempo de ellos.

Hay otro lugar en las obras de Cervantes en el cual el tiempo anda al revés; a lo menos, esto es lo que el texto dice, aunque se ha explicado de varias maneras. Es un pasaje famoso, cuyo tema es el tiempo: “Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo escusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda: la primavera sigue al verano [se dice que “sigue” = “persigue”, pero no hay otros ejemplos], el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua; sola la vida humana corre a su fin, ligera más que el tiempo, sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque esto de entender la ligereza e inestabilidad de la vida presente, y la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido” (II, 53). Puede ser a propósito que un filósofo mahomético, aun entendiendo la velocidad del tiempo y su carácter cíclico (“a la redonda”), se equivoque en la dirección en que el tiempo vuela.

Así podemos entender, también, el poema enigmático de Lorenzo de Miranda, del cual dijo Diego Clemencín “es menester...que la redondilla dijese algo, y nada dice; que contuviese algún concepto, y no lo contiene. El sentido queda pendiente, o por mejor decir, no hay ninguno, y la copla es inanis sine mente sonus”. Pero el significado parece muy claro, cambiando ligeramente la puntuación. Si pudiéramos hacer que el tiempo anduviera al revés—“si mi fue tornase a es”—no se aliviaría nuestra miseria, pues el tiempo andaría a la misma velocidad, aunque en sentido contrario: “sin esperar más, será”. En vez de desear la vuelta del pasado, entonces desearíamos que llegara el futuro:

“O viniese el tiempo ya de lo que será después”.<sup>6</sup>

Hay un problema con el texto de estas líneas. En la copla hallamos “O viniese el tiempo ya”, y en la glosa “O volviese el tiempo ya”. Estaba prohibido cambiar una palabra así al glosar. No se trata de un error autorial: en el mismo capítulo Don Quijote diserta sobre “las leyes de la glosa”, y elogia mucho la glosa de Miranda. Cervantes había ganado el primer premio en una competición de glosas, en 1595, así que creo que estaría enterado de las reglas fundamentales del género. Podemos concluir que la diferencia entre la copla y la glosa fue producto de un compositor que o leyó mal, o enmendó gratuitamente algo que no entendió. Si restituimos a la copla la palabra de la glosa, para que se lea “O volviese el tiempo ya, de lo que será después”, cuadra mejor con el sentido. Si el tiempo anduviera al revés, todavía nos quejaríamos, deseando no que llegara sino que volviera el futuro.

Por último, quisiera sugerir que Cervantes escribió una obra en que el tiempo y su contrario, la verdad, eran temas principales: las *Semanas del jardín*. No sólo las “semanas” sino también la imagen del jardín sugieren el tiempo como tema.

Cervantes habló de las *Semanas del jardín* en tres ocasiones. En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, hay una frase famosa, que indica la estimación suya para el *Persiles*: “Tras ellas, si la vida no me dexa, te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve a competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza; y primero verás, y con brevedad dilatadas, las hazañas de don Quijote y donaires de Sancho Panza, y luego las *Semanas del jardín*”. Que las *Semanas del jardín* eran en efecto el proyecto siguiente al *Persiles* encontramos en la dedicatoria de las *Ocho comedias*: “Don Quijote de la Mancha queda calzadas las espuelas en su segunda parte para ir

---

<sup>6</sup>“Pues si vemos lo presente/ cómo en un punto s’es ido/ e acabado,/ si juzgamos sabiamente,/ daremos lo non venido/ por pasado./ Non se engañe nadi, no,/ pensando que ha de durar/ lo que espera/ más que duró lo que vio” (Jorge Manrique).

a besar los pies a V.E. Luego irá el gran *Persiles*, y luego *Las semanas del jardín*". Finalmente, en la dedicatoria del *Persiles*, no le quedaron en el alma sino "ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín*". Creo haber identificado un fragmento de esta obra, cuyo análisis, sin embargo, tendrá que esperar otro tiempo.